

Vidal Claramonte, María Carmen África (2018). *La traducción y la(s) historia(s). Nuevas vías para la investigación*. Granada: Comares, 143 pp.

Patricia Álvarez Sánchez

patriciaalvarezsanchez@uma.es
Universidad de Málaga

Las Metamorfosis de Ovidio recogen el mito de Apolo y Dafne y de cómo esta se convierte en laurel para evitar ser forzada sexualmente por el dios de la belleza y las artes. La historia suele interpretarse como un enfrentamiento entre la virtud y la pasión y, a pesar de que varias obras artísticas capturen la angustia de Dafne, nuestra interpretación suele ser la de un momento de absoluta belleza. Tanto es así que Gustav Klimt retrata el momento en el que Apolo consigue besar a Dafne en su cuadro más conocido, *El beso*, y nos zambulle en ese mundo amoroso de la naturaleza. Ningún artista, tampoco Garcilaso de la Vega quien retoma el mito clásico en su soneto XIII, se enfoca en la manipulación de Apolo por parte de Eros, quien lo había envenenado con una flecha para que se enamorara de Dafne, ni en la desgracia que aconteció a la ninfa, que suplicó a sus padres la convirtieran en un árbol para escapar un mal peor. Este ejemplo tan supuestamente inocente demuestra que en la narración o representación de una historia, solo nos enfocamos en una parte de la misma y que no somos totalmente objetivos.

Sin embargo, el complejo mundo postmoderno que habitamos nos insta a que reconsideremos nuestras realidades y su representación, ya sea a través del arte, la historia o el lenguaje. Fruto de esta profunda reflexión surgen maravillosas obras literarias y pictóricas precisamente con fines revisionistas del pasado. En este interés por la reinterpretación de la historia se enmarca la recién publicada *La traducción y la(s) historia(s). Nuevas vías para la investigación* (2018), ambiciosa monografía en la que África Vidal nos propone que recuperemos las historias no oficiales a través del ejercicio de traducción inclusiva y hermenéutica. Es esta su más reciente publicación por el momento, aunque su producción como traductóloga que indaga en la intersección entre la traducción y el poder es verdaderamente impresionante y muy inspiradora.

La autora parte de dos ideas fundamentales. En primer lugar, enfatiza que no podemos seguir entendiendo el conocimiento como «un árbol con unas raíces bien arraigadas a una tierra que le permite ofrecer verdades inamovibles y eternas» (p. 112); en segundo, establece una relación entre la traducción de la historia, desde un punto de vista inclusivo y hermenéutico, y la historia de la traducción, destacando su valor ideológico en ambos casos. Para fundamentar su rigurosa argumentación, sigue los pasos de varios reconocidos historiadores, como Dominick LaCapra, Emilio Lledó y Hayden White, quienes defienden que la historia debe entenderse como una interpretación o traducción «que determinadas personas o instituciones hacen de unas circunstancias y para unos fines concretos» (p. 7), y se deja guiar también por fantás-

ticos traductólogos como Susan Bassnett, Esperanza Biesla, Edwin Gentzler y Gayatri Spivak, quienes analizan la traducción como una «una herramienta para subvertir determinadas construcciones culturales, para introducir nuevas ideas y paradigmas, y para cuestionar el *status quo*» (p. 3).

El primer capítulo, «La traducción y el mar de las historias», comienza con una metáfora de *Haroun and the Sea of Stories* (1990), novela en la que Salman Rushdie narra que todas las historias del mundo se entretejen para formar «un bordado de enorme complejidad» (p. 1) y donde, sin embargo, cuando alguien apaga los colores de esas hebras, se silencian las historias «que cuentan las voces pequeñas» (p. 4). Esto favorece una única historia, una sola voz. Nos advierte Gentzler en su introducción a la obra de Vidal que los textos históricos han servido como estructuras de una única verdad y las clases dirigentes, que se han percatado de su poder en muchas épocas, se han apoyado en muchos ellos para transmitir y consolidar su ideología (p. ix). Un ejemplo digno de mencionar es la manipulación de la historia por parte de Stalin, quien se ocupó de eliminar a sus enemigos de todos los registros históricos; así lo critica George Orwell en *Nineteen Eighty-Four* (1949), cuyo protagonista se encarga, entre otros funcionarios del Ministerio de la verdad, de reescribir el pasado.

Sobre el desarrollo de los estudios relacionados con la historia versa el segundo capítulo, «La Historia, un capítulo problemático», en el que se expone la evolución del concepto de historia, desde sus orígenes como una rama de la literatura, hasta la nítida definición de Leopold von Ranke, quien «inauguró la historiografía moderna a comienzos del siglo XIX al asegurar que su propósito era la objetividad científica» (p. 20). En las últimas décadas, ha emergido un abanico de teóricos, como Michel de Certeau y Dominick LaCapra, entre otros, quienes han cuestionado esta definición y han enfatizado que la historia ha sido un discurso para «legitimar el poder» (p. 23). Por otra parte, Foucault, arqueólogo moderno de la alteridad, propuso el concepto de «contrahistoria» y declaró que la historia es una representación social de la realidad. De todas estas aproximaciones innovadoras se hace eco Vidal para analizar la historia como una traducción posible del mundo, de entre las muchas que pueden existir.

«El peligro de una sola historia» toma su título de la maravillosa conferencia de Chimamanda Ngozi Adichie y nos invita a reflexionar sobre la imperiosa necesidad de voces alternativas a las crónicas hegemónicas narradas según los preceptos de la dialéctica hegeliana. Dado que nuestro pasado se nos ha contado mediante traducciones de la realidad concebidas desde una posición de poder, habitamos imaginarios colectivos que se han mantenido durante siglos. Sin embargo, necesitamos conocer los mismos hechos narrados por voces disidentes, que nos faciliten que accedamos a una realidad más completa.

A las vicisitudes de las narraciones de los vencidos nos acerca Vidal en su cuarto capítulo, titulado «Los historiadores de los leones». La autora pone varios ejemplos de microhistorias que se alejan de lo hegemónico. Entre ellas cabe destacar *Espejos: una historia casi universal* (2008) de Eduardo Galeano, una versión alternativa del mundo, y dos crónicas biográficas que dan voz a los invisibles: *The Children of Sánchez*

(1961) de Oscar Lewis y *La noche de Tlateloco. Testimonios de historia oral* (1971) de Elena Poniatowska. Esta última destaca por su importancia, rigor y trascendencia, ya que recopila los testimonios a favor y en contra del movimiento estudiantil que resultó en la matanza del 2 de octubre de 1968 en la Ciudad de Nuevo Méjico, hecho que ha sido siempre negado por las fuentes oficiales.

En quizás su capítulo más interesante, «El historiador como traductor: dos ejemplos», la autora defiende que nuevas traducciones de la historia pueden significar una revisión más crítica y legítima de nuestro pasado. Para ello, se sirve del análisis de varios textos originales que demuestran, por ejemplo, la ceguera de Cristobal Colón al expresar su deseo de que los indios aprendieran a *falar*, término que los traductores corrigieron a «que aprendan nuestra lengua» (Todorov, citado en Vidal p. 89) minimizando el impacto de su intolerancia. Por otra parte, nos recuerda la peculiar entrada sobre Franco en el *Diccionario biográfico español*, en la que se le alababa como Jefe de Estado y Generalísimo, inteligente y moderado (p. 99). Elaborada por Luis Suárez, cabe destacar que este historiador ha expresado abiertamente su desacuerdo con la democracia como sistema político y que «el hombre tiene más capacidad racional para la toma de decisiones, pero la mujer tiene más capacidad de sentimiento» (Vidal p. 99). Lamentablemente, este y otros ejemplos ya corregidos demuestran que incluso desde las instituciones públicas —el proyecto contó con más de seis millones de euros de subvenciones del Gobierno—, se dan opiniones totalmente subjetivas del pasado, que además desprestigian la maravillosa labor de otros historiadores imparciales.

En «Las otras historias de la traducción», Vidal sigue los pasos de Jaques Derrida, Michel Foucault, Edward Said y Gayatri Spivak, pensadores del mundo postcolonial que han minado las narrativas de poder y teorizado sobre su recelo hacia la historia hegemónica, para ilustrar cómo los cambios epistemológicos acontecidos a lo largo de todo el siglo XX labraron el camino a una perspectiva que presta atención a la diferencia. La autora indaga también en las numerosas transformaciones que han sufrido las sociedades y el conocimiento, y sobre todo en cómo estas han dado lugar a las traducciones que desde hace décadas tienen en cuenta «la otredad, la ideología, la manipulación o el poder» (p. 113).

Citando a Orwell, nos recuerda Vidal en su último capítulo, «Del olvido a la memoria», que «quien controla el pasado, controla el futuro» (p. 124). Este capítulo sirve de recapitulación y resumen de las ideas propuestas en la obra, e insta a los traductores —que hemos sido educados para escuchar varios puntos de vista— a reinterpretar nuestra tarea como un proceso en el que hay cabida para un gran abanico de voces.

En conclusión, en esta excelente monografía, Vidal nos invita a repensar nuestro pasado y el papel que han desempeñado los traductores en la trasmisión de la historia y es, sobre todo, un persistente canto que nos invoca a acercarnos al camino a la otredad. Sobra decir que es relevante para toda aquella persona interesada en la historia o en traducción, pero lo es también para todos aquellos estudiosos de los cambios culturales y sociales, y también para aquellos que indagan en la intersección entre el lenguaje y el pensamiento.